

«por nuestra parte como sugetos á quienes apreciamos, y á quienes debemos una deferencia particular.»

La escuadra francesa, á las órdenes de Vaudricourt, y á bordo de la cual iban un numeroso estado mayor y algunos regimientos, fondeó en las aguas de Siam en el mes de octubre de 1687. Este aparato de fuerzas, agregado á los odios de corte, á que daba pábulo la encumbrada fortuna de Constancio, y á las rivalidades de religion suscitadas por los talapuinios y los doctores de Siam contra los Jesuitas, todo esto presagiaba una próxima calamidad, que no tardó en acarrear un acontecimiento interior inesperado. Entre las favoritas que contaba el Monarca siamés, era la principal una hermana de Pittracha, uno de los primeros mandarines, mujer inconstante y veleidosa, que cambiando el amor del Rey por el del Príncipe su hermano, mucho mas jóven, fue en castigo de su infidelidad echada á los tigres. Aprovechóse Pittracha de esta coyuntura para conspirar, de concierto con los talapuinios, contra el Visir, los Jesuitas y los franceses que habian tomado posesion de Bankok y Merguy; y como poseia en el mas alto grado la astucia de los indios, tuvo habilidad para dividir á los europeos, y provocar sospechas en el ánimo de algunos acerca del poder real de Constancio. Viendo el Mandarin conspirador que el Soberano iba debilitándose cada dia mas, y que no podia estar lejos la hora de su muerte, se apoderó de los sellos del Estado, y dió á entender que en breve seria el árbitro de la nacion. El abate Lyonne, obispo de Rosalia, y un cierto número de funcionarios del reino prestaban asenso, á pesar de los consejos de los Jesuitas, á los rumores de complot que el Mandarin hacia circular contra el Visir; y creyendo granjearse la benevolencia y amistad de Pittracha, abandonaron á su suerte á Constancio, que el 6 de junio de 1688 fue sentenciado y ejecutado como culpable de un crimen inventado solamente por sus jueces y acusadores. Esta muerte fue la señal de la persecucion: los catecúmenos fueron todos proscritos ó encarcelados; los mismos Jesuitas se vieron expuestos á los ultrajes; y el 9 de junio escribía el P. San Martin en los términos siguientes: «¡ Gracias á Dios! ya parece que se aproxima nuestro fin; cada hora del dia tenemos mas esperanzas, y hoy mismo nos vemos reducidos á mayores apuros que nunca; pero si tal es la voluntad de Dios, que se cumpla.»

Volvieron, pues, los Jesuitas á entrar en su condicion normal,

y se les ve aceptar con júbilo todos los peligros. Sin que las investigaciones de la ciencia bastasen á distraerles un instante de su objeto, habian llenado las intenciones de los sabios de la Francia, dando solucion á todas las dificultades astronómicas, marítimas y geológicas que se habian sometido á su exámen; pero en ningun caso habian olvidado que antes que todo eran misioneros. Aprovechándose de la benevolencia del Monarca siamés, habian logrado aclimatar la semilla del cristianismo en los corazones de un gran número de familias, que pasando á ser francesas por la adopcion cristiana, no quisieron hacer traicion á su Dios ni á la amistad que profesaban á los Jesuitas. En vano Pittracha y su hijo les ordenan abjurar su fe: todas estas familias se resisten á obedecer á semejante orden. Nada las importa que el tirano, que ha sucedido en el trono al rey de Siam, las amenace; que las despoje de sus bienes; que venda sus hijos como esclavos; que los haga perecer en los tormentos ó á la violencia del palo, y que por último consiga la salida de los europeos de los fuertes de Bankok y Merguy, consintiéndolo aquellos; nada las importa todo esto, repetimos, toda vez que los Jesuitas se han constituido sus defensores. Los hijos de Loyola tienen que sostener otros intereses de mas cuantía que podian serlo las factorias comerciales de los demás europeos. Saben que hay cristianos que gimen entre cadenas, y que tal vez podrán vacilar en la fe: esto les decide á dejar al frente de sus neófitos á los PP. Bouchet y Breuille, marchando los restantes en busca de nuevas regiones donde diseminar las luces del Evangelio.

Ya en aquella época, los discípulos del Instituto, de cuyas luces creia necesitar Luis XIV para difundir por todas partes el nombre francés y hacerle bendecir juntamente con las ideas de civilizacion, contaban en las Indias numerosos prosélitos. Es verdad que no habian sido ellos los primeros que habian acudido á segar en el campo del padre de familias, y que solo habian venido á la hora undécima; pero á fuer de operarios activos, trataban de reparar el tiempo perdido lanzándose desde Pondichery, cuartel general de las misiones, á los puntos mas remotos y mas arriesgados del globo. Después de desplegar en el Indostan y en la China todo el lleno de su ardor apostólico, hicieron del Maduré su país de predileccion. Ya se les habian anticipado los Padres Roberto Nobili y Juan Britto; ya el P. Constancio Beschi, tercer

tipo del Jesuita Brama, habia sido su modelo, si bien este último ofusca á los otros dos sus predecesores, tanto por el ascendiente que llegó á ejercer sobre los indígenas, como por la auréola poética con que se les presentó coronado. Llegado Beschi á la China en 1700, fue su primer cuidado sobrepujar en austeridades á los siameses mas penitentes: ni en casa ni fuera de ella probaba jamás la carne; llevaba ceñida su frente con el *potou* del Sandanam, y la cabeza cubierta con el *coulá*, especie de gorra de terciopelo de forma cilíndrica; calzados, ó mejor dicho, encajados sus piés en unos zuecos con tacones de madera, y cargadas sus orejas de perlas, solo se le ve viajar en palanquin, y sentado sobre dos pieles de tigre, mientras que dos hombres agitan en derredor suyo unos magníficos y suntuosos abanicos, formados de plumas de pavo real, y otro levanta sobre su cabeza una elegante sombrilla de seda que terminaba en un globo de oro.

Habiéndose propuesto domar el orgullo de estos pueblos el Padre Beschi, á quien ellos apellidaban respetuosamente el gran Viramamouni, no solo habia forzado á su humildad á rodearse de estas exterioridades de lujo, sino que renunciando hasta las costumbres y el idioma de su patria, en casi nada mostraba ser Jesuita; ó lo que es lo mismo, ocultaba bajo la ciencia del saniasi toda la caridad en que rebosaba su corazón. Poseyendo á fondo las lenguas muertas y vivas, profundizó el sanscrito, el telenga y el tamul; estudió á los poetas del Indostan, y aun lo fue él mismo en su idioma, componiendo algunos cantos que aun en el día forman las delicias de los bramas. El tema de estas composiciones poéticas llenas de elegancia indiana se reducía á celebrar los padecimientos del Crucificado, la virginidad de María, y los misterios del catolicismo: en una palabra, su poesía venia á ser la predicacion del Evangelio puesta al alcance de aquellos orgullosos ingenios, á quienes era preciso fascinar por el atractivo del lenguaje, papel que sostuvo el misionero durante el espacio de cuarenta años. Fuéronle adjudicados todos los honores, todas las ovaciones debidas al *Ismat Saniasi*, es decir, al penitente sin tacha; pero tan solo por unos medios tan extraordinarios pudo conseguir inocular en estas regiones el conocimiento del cristianismo, dándolas á conocer la existencia de un Dios único, y enseñándolas á despreciar sus antiguas preocupaciones, á practicar los deberes de familia, y á seguir las leyes de la castidad. Honra-

do así de los magnates como de los pueblos, vivió entre ellos como un hombre cuyos talentos y virtudes nadie ponía en duda. Ni á esto solo se limitó la mision de Beschi. Entusiasmado por sus discursos el Nabab de Trichirapalli, pasó á otorgarle el título y el empleo de primer ministro suyo, funciones que aceptó desde luego el Jesuita. Ya desde este momento no le fue dado presentarse en público, sin ir acompañado de treinta jinetes, doce abanderados y una música militar, á que seguían numerosos camellos; y escoltado de esta manera, penetraba en las campiñas y poblaciones. Empero, todo este fausto oriental no fue suficiente á entibiar su celo; y no teniendo para él este lujo á que se sometía otro objeto que el de la salvacion de las almas, al paso que inspirar pensamientos cristianos á los sabios del Maduré, llegó á obtenerle con tanto éxito, que mas de una vez obligó á los bramas á recibir el Bautismo, ó á ofrecerle en despojos opimos sus cabelleras de cinco á seis piés de largo, y que, trenzadas y atadas como haces de paja, eran colgadas en el vestíbulo de su iglesia de Tiroucavalour como trofeos de sus victorias.

Mas, si bien el Jesuita saniasi se veía colmado de honores, allí, como en todas partes, no faltaba al Capitolio su roca Tarpeya; y como nos dice en una de sus cartas el P. Bouchet, contemporáneo de Beschi, todas estas dignidades no preservaban á veces de la persecucion. «Al levantarse el misionero de su lecho por la mañana, dice, no se atreverá á asegurar que no pasará á dormir la noche siguiente en un calabozo; y si es raro que se halle uno solo que haya logrado sustraerse á los horrores de la prision, tambien los he conocido que han entrado en ella dos veces en menos de un año.»

Cuarenta y dos años antes de la muerte de Beschi, este mismo Bouchet, uno de los bramas mas célebres de la Compañía de Jesús, escribía al P. Carlos Le Gobien, con fecha del 1.º de diciembre de 1700:

«Nuestra mision del Maduré se halla en un estado mas floreciente que nunca, puesto que ya contamos cuatro grandes persecuciones en este año. Acaban de hacerle saltar á palos los dientes á uno de nuestros misioneros, y actualmente estoy en la corte del príncipe de este país con el objeto de rescatar al P. Borghe-sio que, en union de otros cuatro catequistas suyos, yace entre cadenas hace ya cuarenta dias; pero la sangre que nuestros cris-

«tianos derraman por Jesucristo, es como en otro tiempo la semilla que produce una infinidad de prosélitos. Por lo que á mi «toca, he bautizado en estos cinco años últimos mas de once mil «personas, y cerca de veinte mil desde mi residencia en esta misión. Tengo á mi cargo treinta capillas y mas de veinte y nueve «mil cristianos: respecto á las confesiones que llevo oidas, no podría deciros el número; creo que pasan de cien mil.

«Habréis oido decir muchas veces que los misioneros residentes en el Maduré no comen carne, ni pescado, ni huevos; que «jamás beben vino ni otros líquidos semejantes; que se albergan «en miserables chozas cubiertas de paja, sin mas lecho, ni silla, «ni muebles, y que se ven obligados á comer sin mesa, sin servilleta, sin cuchillo, sin tenedor, y aun sin cuchara; lo que no «puede menos de parecer sorprendente; pero creedme, querido «Padre, no es esto lo que mas trabajo nos cuesta; por mi parte, «al menos, os confieso con franqueza que, en el espacio de doce «años que resido en este país, ni aun he pensado siquiera en eso.»

Si los Padres contaban ya por suyas las misiones del Maduré, Tanjaour y Marawar, á las que añadieron los franceses la de Carnate, que extendiéndose al Norte, desde Pondichery hasta Bucapuran, á la altura de Masulipatan, contenia diez y seis cristianidades florecientes en un radio de doscientas leguas; propagando otros el cristianismo en Bengala y el Mogol, desde el cabo Comorin á las fronteras de la China, y desde la costa de Coromandel hasta las orillas del Ganges, no existía una sola comarca en que no existiesen cristianos y Jesuitas. Mientras que los Padres portugueses se ocupaban en la fundacion de un colegio no léjos de Chandernagor, y al mismo tiempo que establecian una residencia en Bakka, provincia de Arcate, y en el territorio de Aoude; las costas del Malabar, Pesquería y Travancor, donde tantas veces habia resonado la voz de Francisco Javier, se sometian á la accion de los misioneros, que se dedicaban á la construccion de nuevas iglesias, á la reunion de familias, á la instruccion de los pueblos, y á crearse amigos y protectores en la persona de los Soberanos. Los PP. Beschi y Bouchet, que habian adoptado el traje y género de vida de los bramias, vivian entre ellos bajo el pié de la mas perfecta igualdad, pero sin poder relacionarse con los parias, so pena de pasar á serlo ellos mismos. Por el contrario, los Jesuitas Manuel Lopez y Antonio Acosta, que no podian dejar sin socorro

á la envilecida raza de los parias, vestian como ellos, y se constituian sus medianeros, para poder ofrecer á todos las atenciones de su caridad. «¿No era un espectáculo verdaderamente cómico, «dice un viajero <sup>1</sup>, el ver á dos cohermanos, á dos miembros de «un mismo Instituto, á dos amigos, que en cualesquiera parte que «se encontrasen no podian comer juntos, ni habitar bajo un mismo techo, ni aun hablarse? Vestido el uno á lo magnate con un «traje magnífico, cabalgaba en un brioso alazan, ó se hacia conducir con gran pompa en un vistoso palanquin; mientras que, «viajando el otro medio desnudo y cubierto de harapos, caminaba á pié, y acompañado de algunos andrajosos cuyo continente «era aun mas miserable que el suyo. El misionero de los nobles «marchaba con la cabeza erguida, y no saludaba á nadie, mientras que el pobre Kuru de los parias saludaba de léjos á su colega, se postraba á su paso, y como si temiese infestar con su «hábito al doctor de los grandes, se tapaba la boca con el anverso «de la mano. El primero no comia mas que el arroz preparado «para los bramias, mientras que el segundo se alimentaba con algun pedazo de carne corrompida, misero regalo de sus infortunados discípulos. Nada sin duda es capaz de honrar tanto á la «Religion como estos recursos del cielo; nada es capaz de elogiar «mejor la conducta de un sacerdote como estos sacrificios consumados por la ambicion de salvar almas; pero eran estos demasiado penosos para poder durar mucho tiempo, y por consiguiente se hallaba ya abolido este método á mi llegada al Indostan.»

Habíale aprobado Benedicto XIV por su bula de 1744; pero deseando alentar á los Jesuitas, se expresó este gran Papa en los siguientes términos <sup>2</sup>:

«Cuando, impulsados por las máximas de Cristo Nuestro Señor, así como por el ejemplo de los Pontífices nuestros predecesores, indagábamos con ansiedad de qué medios nos valdríamos «para obtener lo que tanto habian anhelado aquellos, vinieron «muy á propósito los misioneros de la Compañía de Jesús, á quienes están confiadas las misiones del Maduré, Maisur y Carnate, «y quienes después de haber solicitado de Nosotros una declaración respecto al artículo de los parias, se han ofrecido y nos han

<sup>1</sup> *Viaje al Indostan*, por Perrin, tomo II, pág. 106 y 107.

<sup>2</sup> *Bullarium Benedicti XIV*, tomo I, pág. 421.

«prometido (caso de otorgarles nuestra aprobacion) delegar al-  
«gunos de sus colegas que pasasen á ocuparse en particular de  
«la conversion y direccion de los mencionados parias. Y espe-  
«rando Nosotros que este medio seria el mas idóneo para su con-  
«version y salvacion, después de aceptarle con júbilo paternal,  
«hemos creído oportuno aprobarle y recomendarle á causa de las  
«circunstancias»

Esta eterna separacion de los Jesuitas misioneros; este muro insuperable, levantado espontáneamente entre ellos y por ellos mismos para trabajar en un mismo país por la ventura y prosperidad de una poblacion á quien dividian sus invencibles preocupaciones; esta existencia de grandeza y abatimiento á que se condenaban unos y otros, todo esto era aceptado por ellos con alegría; reputándose mas venturosos aquellos á quienes tocaba la suerte de las humillaciones, como lo vemos en una carta escrita en Roma por uno de los misioneros de Goa, que, al manifestar los transportes de regocijo de los que se consagraban á la degradacion por servir á los parias, se expresa de este modo:

«Marchad, fieles compañeros de Cristo vuestro jefe y maestro,  
«marchad por ese camino real de la Cruz. Héos aquí ya, segun  
«el lenguaje del Apóstol, reputados como la escoria del mundo,  
«como las inmundicias despreciadas de todos, aunque en reali-  
«dad hechos la verdadera gloria de nuestra Compañía, y el mas  
«bello ornato de esta provincia. No se turbe vuestro corazon al  
«veros ajenos á vuestros hermanos, y desconocidos á los hijos de  
«vuestra madre, hasta tal punto que rehusen vuestros abrazos y  
«teman aproximarse á vosotros; porque, á serles permitido, hu-  
«bieran querido prestaros todos los deberes de la caridad, y por-  
«que, cuando al encontrarlos les repitais con san Pablo: *Vos no-  
«biles, nos autem ignobiles*, os respondo de que les haréis derramar  
«abundantes lágrimas, obligándolos á envidiar santamente vues-  
«tra ignominia.»

Esta exaltacion religiosa no se debilitó jamás: habian ya los Jesuitas encontrado el medio único para reunir las castas indias, y esperaban conducir las á la igualdad por medio del cristianismo. Tal fue la idea moral que los dirigió en el cumplimiento de una obra tan difícil: puédesse conjeturar por los resultados que obtuvieron, que, en un tiempo dado, hubieran llegado á romper la valla establecida entre los hijos de un mismo Dios y una misma

patria; y que si no consiguieron llevar á cabo su proyecto, culpa fue de las intrigas y revoluciones suscitadas en el fondo de Europa, que motivaron la supresion de la Orden.

Bramas ó parias, los Jesuitas se dirigian á un solo objeto: consiguieronle en parte, y animados por el mismo pensamiento, aunque separados por los océanos ó las prevenciones de culto, marchaban todos en pos del desarrollo de la idea civilizadora, logrando hacer un número incalculable de prosélitos en el corazon de las Indias. Los misioneros habian encontrado en estas poblaciones unos seres cobardes, afeminados, sin carácter, accesibles siempre á la lisonja, y siempre dispuestos á dejarse seducir por la indolencia ó por el atractivo de los placeres; pero despertando la fe en estas naturalezas inertes la energía por tantos siglos adormecida, les comunicó una nueva existencia, purificó sus costumbres, los hizo generosos y constantes, fuertes contra la persecucion, y sufridos en los padecimientos. Es verdad que la guerra pasó muchas veces por esta inmensa península, devastando, incendiando y degollando á todas las poblaciones que no se refugiaban en los bosques; tambien lo es, que lanzándose los Marati como corsarios hácia las costas del Maduré, saquearon, de consuno con otros bárbaros que se descolgaron de las montañas del Noroeste, todas estas provincias; que mezclándose los europeos á su vez en estas devastaciones, moros y cristianos, franceses é indios, se persiguieron sin descanso, y lucharon cuerpo á cuerpo para conservar ó conquistar el imperio; que los Jesuitas sufrieron de rechazo las consecuencias de tantas escisiones; que los europeos cometieron en las Indias toda clase de excesos; y que resonando estos á lo léjos, justificaban la aversion instintiva que naturalmente tienen los indígenas al extranjero que trata de dominarles, refluendo esta aversion á la Religion misma, y destruyendo en el espíritu de los naturales el efecto saludable que producian la verdad de sus dogmas y la pureza de su moral; mas no por esto se desalentaban los misioneros en vista de tantas contradicciones y calamidades, sino que en pos de ellos vinieron otros muchos que continuaron con igual éxito lo que los PP. Bouchet, Dolu, Lopez, Acosta, Diusses, Mauduit, Carvalho, Petit, Berthold, Tachard, Lafontaine, Tremblay, Saignes, de Origny, Barbosa, Lemos, Borghe-sio, Timoteo Javier, Artaud, Caurdoux, Celaya, Pimentel, Alexandri, Laynez, Martin, San Esteban y Yard, habian empren-

dido desde el año de 1700 al de 1770. Durante este espacio de mas de medio siglo, en que los franceses é ingleses sostuvieron una incesante lucha por saber á quién pertenecería por último la influencia sobre estas lejanas regiones; donde aun se pronuncian con respeto los nombres de Dupleix, Lally y Suffren, tuvieron que sufrir infinito los Jesuitas, aunque sin desesperar jamás del triunfo del Evangelio. Los bramados y los parias se coligaban en el odio contra los europeos, mientras que los Jesuitas, víctimas de tantas guerras encarnizadas, se hacian un deber de calmar su efervescencia; pero no tardó en agregárseles otro á los obstáculos precedentes, que no fue menos fecundo en calamidades.

Era tan vasto el campo que acababa de abrirse á la predicacion, que no tardaron en presentarse operarios de todas partes con el objeto de desmontarle: impelidos el celo, y degenerando este en rivalidad, produjo funestas querellas y controversias, que bien pronto pasaron del Oriente á Europa, donde reanimaron las enemistades, y dieron pábulo á las emulaciones. Los ritos malabares eran la causa de estas contiendas.

Consistian estos ritos en omitir algunas ceremonias en la administracion del Bautismo, respetando empero la forma del Sacramento; en disfrazar los nombres de la cruz y demás objetos del culto católico bajo otras denominaciones menos comunes; en casar á los impúberes; en dejar á las mujeres cierta joya llamada *taly*, que recibian el dia de los desposorios, y sobre la cual estaba grabada la imágen de un ídolo; en prohibir que se asistiese á los parias en sus enfermedades, y privar á estos de ciertos auxilios espirituales. Habian encontrado los Jesuitas del Maduré, Mysore y Carnate tantas prácticas supersticiosas, que creyendo del caso tolerar aquellas que, á su parecer, no perjudicaban á la religion cristiana, después de estudiar á fondo las costumbres de estas naciones, se aplicaron á distinguir las meramente populares de las creencias erróneas ó los usos paganos. Á ejemplo de todos los pueblos que carecen de movimiento intelectual y de comercio exterior, se inmovilizaban los indios en sus preocupaciones, convertidas en ley suprema; y así es, que tratando los Jesuitas de salvar lo esencial, sacrificaron lo accesorio. No habian por cierto renunciado á su patria, á su familia y á su porvenir, ni condenándose á peligrosas navegaciones, á un ayuno absoluto, y á una vida miserable bajo un cielo abrasador, para mantener en su idolatría á

aquellos naturales; habian comenzado á realizar el bien, y queriendo dar un paso hácia lo mejor, solo consiguieron extraviarse.

Era ya la cuestion de los ritos malabares un motivo de division entre los misioneros de las diferentes Órdenes religiosas diseminados por aquellos continentes, cuando llegó á Pondichery el patriarca de Antioquia, Carlos Tomás Maillard de Tournon, nombrado por Clemente XI legado de la Santa Sede en las Indias y la China, tomando tierra en la citada ciudad hácia el año de 1703. Investido Tournon de todos los poderes eclesiásticos, y con orden de poner un término á los debates que amenazaban á estas cristiandades, venia para reformar los abusos que, tal vez por un exceso de celo, habian introducido los Jesuitas en las creencias religiosas; pero deseando penetrarse de toda la extension del negocio que le estaba encomendado, consultó con dos Padres del Instituto. Publicó en seguida sobre los ritos malabares una pastoral que, si bien ha sido citada por todos los historiadores y controversistas, no lo ha sido con escrupulosidad, puesto que todos ellos han olvidado referir un hecho muy principal consignado en ella. El arzobispo de Antioquia ignoraba las causas que habian motivado aquella desavenencia, y las supo de boca de los mismos Jesuitas; tal es el pasaje de la pastoral que todos los escritores han omitido. Hé aquí los términos en que se expresa el Prelado: «Cuanto hubiéramos podido hacer por nosotros mismos ha sido «afortunadamente suplido por la obediencia de que nos han dado «pruebas, así como á la Santa Sede, los PP. Venancio Bouchet, «superior de la mision de Carnate, y Miguel Berthold, misionero «del Maduré, recomendables ambos por su doctrina, así como «por su celo en favor de la propagacion de la fe. Instruidos hace «ya tiempo ambos misioneros en las costumbres, idioma y religion de estos pueblos, merced á la prolongada mansion que han «hecho entre ellos; y habiéndonos revelado los diferentes abusos «que esterilizan los vástagos de esta viña, por lo mismo que estos se adhieren mas á las vanidades gentílicas que á la verdadera vid, que es Jesucristo, la abundancia de nuestro júbilo se ha «visto mezclada con infinitas tribulaciones.»

Empero si el Legado apostólico, como todos los hombres que llegan á un país revestidos de una autoridad ilimitada, habia zanjado las cuestiones de un modo tan imperioso que, aun deseando eludir las objeciones, habia aguardado su salida para la China